

CINEMATOGRAFÍA

TÍTULO	V.O.: <i>Los Flamencos</i>
AÑO	1966
DIRECCIÓN	Jesús Yagüe Arechavaleta
GUION	Pedro Gil Paraleda y Jesús Yagüe Arechavaleta
PRODUCTORA	Hidalgo Producciones Cinematográficas
FOTOGRAFÍA	José Fernández Aguayo
INTÉRPRETES, INCLUYENDO CANTANTES Y GUITARRISTAS	Julian Mateos, Pilar Cansino, Jose María Prada, Ricardo Tundidor, Agustín González, Eduardo Fajardo, Carlos Villafranca, Fernando Sánchez Polack, Juan Lizarraga, Trinidad Alonso, Juan Diego, Miguel Aracena, Chiro Bermejo, Manuel Collado, Roberto Cruz, Adela Escudero, Miguel Fernandez <i>El Chaqueta</i> , Fosforito, Manuel Granada, Ana Maria Huesa, Jarrito, Mary Leiva, Juan Margallo, Paco Osuna, Joaquin Pamplona, Jose Maria Pardo, Erasmo Pascual, Pepe <i>El Culata</i> , Jose Sepúlveda, Francisco Serrano, Talegón de Córdoba, Terremoto de Jerez, Carmen Sánchez
BANDA SONORA	Ángel Arteaga
GÉNERO	Drama. Música de <i>cante hondo</i>
DURACIÓN	93 min.
ESTADO/S	España
SALA	Filmoteca Española. Cine Doré (Madrid)
FESTIVAL/CICLO	<i>O Dikhipen (La Mirada)</i>
FECHA VISIONADO	22-09-2018

Por **Juan José Lara Peral**

[Contacto: jjlaraperal@miljardines.es]

La historia, con tientes shakesperianos y lorquianos de amor compulsivo y celos desmedidos, es previsible en todos sus actos; la trama en la que se inserta tiene lugar en el mundo de los *tablaos flamencos*, en el seno de la sociedad española de los años del desarrollismo de la dictadura.

Con estos ingredientes, el realizador J. Yagüe Arechavaleta y el fotógrafo J. Fernández Aguayo tejen una obra maestra del cine de aquella época, similar a lo que hacían directores como J. A. Nieves Conde, J. L. Berlanga, J. A. Bardem, M. Ferreri. C. Saura... y guionistas como R. Azcona.

El cinéfilo podrá disfrutar de, al menos, tres *lecturas* de esta película.

Los personajes viven en infraviviendas, construidas ilegalmente de cualquier manera sobre terrenos irregulares, baldíos, escombreras y vertederos, donde se tiraban detritus de una ciudad que crecía sin control alguno.

Como chabolas, se levantaban durante una noche al cobijo de la oscuridad para sortear la prohibición de hacerlo; sin agua corriente ni electricidad.

Luego, con el tiempo, se iba mejorando el material de construcción con paredes de ladrillo y cubierta de teja, se enjalbegaban y, como se podía, se hacían las acometidas de luz y agua.

En torno a una plazuela, con una fuente que era lugar de encuentro, pueden verse varias de estas casuchas. Por allí, chiquillos, no escolarizados, jugando; motocarros que van y vienen, dedicándose a portar las más variadas mercancías; mujeres, exclusivamente dedicadas a las labores domésticas, tendiendo la ropa o ajetreadas con otros menesteres; y otros hombres a ver qué trapicheo pillan para llevar algo de dinero a casa.

A esas barriadas no llegaba el transporte público; no eran viviendas *comme il faut*. Un universo marginal que, arrinconado por la gran urbe a cuyas faldas nació, irá desapareciendo debido al empuje de los nuevos *conjuntos residenciales*, de *alto confort*: almacenes de personas levantados con todas las garantías legales, con su servicio de autobús (deliciosa escena en la que, durante unos segundos, se ve pasar al fondo al colectivo municipal); eran construcciones de pésima calidad, que irían configurando barrios y ciudades dormitorio en la capital y su área metropolitana, respectivamente; viviendas éstas que iban cercenando el espacio y la vida de aquéllas.

Con un aire *borjiano* al estilo de su trilogía *La lucha por la vida*, ambientada en el Madrid de principios del s XX, cada mañana los hombres salen a *La busca*, a ver qué pueden hacer este día para ganarse unas pesetas; y, si se puede continuar con lo mismo unas jornadas más, mejor.

Así, jóvenes que aceptan cualquier tipo de trabajo, aunque sea un asunto ilegal, punible, que les procure un granuja (José María Prada, genial como siempre); mercadeo de todo tipo, sobre todo menudencias, por parte de descuidados que las han obtenido de pequeños hurtos; un aspirante a torero que intenta negociar un contrato que le permita lucirse en una corrida con picadores (aquí, el desparpajo de un jovencísimo Juan Diego)...

Como dato curioso, el director de fotografía José Fernández Aguayo fue torero, además de otras labores; y eso lo deja claro, con la aquiescencia del director del film: en casi todas las escenas, tanto exteriores como interiores, hay carteles de corridas de toros, calendarios con imágenes taurinas, etc. Y, no menos curioso, es que durante toda la película no aparece referencia alguna al fútbol, el deporte nacional impulsado como *cuasi oficial* por el régimen franquista.

Otro detalle más. En una casa-habitación, como lo eran casi todas en aquel barrio, un solo poster de mujer... en bañador, claro; aun cuando por aquella época circulaban de *estrangis* algunos *posters* de despampanantes mujeres desnudas, colgados siempre en las paredes de talleres y vestuarios de fábricas; sería el preludio de lo que años más tarde, y por influencia de modas europeas y norteamericanas, sería el *destape*: concebido aquí como

Entre renglones, como lo hacían otros artistas, puede leerse que, la de entonces, era una España sumida en el retraso -económico, educativo y cultural- con relación a otras sociedades occidentales.

Director y guionista así lo describen en minúsculas pero significativas escenas, como esa en la que una persona vende a otra una pluma estilográfica y esta segunda le responde "*¡Para qué quiero yo una pluma si soy analfabeto!*", o aquella otra en la que un par de *cuatreros de segunda* van con unas mulas -robadas, por cierto- por la carretera que va de Madrid a Barcelona y pasan junto a la base militar que la gran potencia norteamericana tenía en Torrejón, por la que transitan enormes coches, descapotables algunos; y, en la misma secuencia, un a escena con los dos traficantes de mulas en el interior de un bar, frente a una máquina de giradiscos a 45 r.p.m., en la que suena un tema de rock and roll (se ve la portada de un *single* de *The Rolling Stones*); cuando la banda sonora de toda la película es, salvo en esta escena y otra más, de aire flamenco. Norteamericanos haciendo turismo por los ambientes *cañí* de Madrid; ellos, que, en opinión de los *romanís*, no entienden, que todo lo confunden; sus cantos, aun sabiendo que tienen la cadencia de raíces afroamericanas, no tienen parangón con el *cante*, el baile, el *duende*... idónde va a parar!



Un plano-secuencia en el interior de la tasca de un pueblo, si bien corto en el tiempo, intenso en el lenguaje por cuanto se rueda en un mínimo espacio que se halla abarrotado por diversos personajes; la única cámara se mueve de uno a otro con un ritmo pausado, enlazando pequeñas acciones de cada uno -de las manos, sobre todo- creando y transmitiendo una atmósfera tensa, agobiante, en la que participan unos hombres empapados de alcohol -anís y coñac baratos, de alta graduación- y entregados a la parranda y las bromas pesadas; fumando todos, un cigarro tras otro, generando un ambiente cargado de humo, enrarecido; hombres sin horizonte alguno en el cada día, excepto esperar la noche para repetir lo mismo, idéntica rutina, salvo que alguien se arranque al *cante* y otro le acompañe con una guitarra, instrumento que siempre estará por ahí, disponible; personas arrastrando una existencia monótona, vacía de ilusiones y objetivos; y al final del film, entre aquellos seres, un hombre agotado, ajeno al jolgorio ambiente, hundido por el terrible acto que ha cometido.

La misma atmósfera asfixiante, el mismo estrecho mundo, se reproduce en otras escenas: en la tasca misma que es escenario de otros momentos, y en otros ambientes donde hay muy poco espacio con relación a la cantidad de personas que aparecen.

En la vivienda donde, en una sola habitación, comparten diminuto espacio y catres -*camas calientes*, algunas-varios hombres.

En los tablaos, con un escenario ínfimo y una sala con unas pocas mesas, donde los espectadores -hombres, casi todos- fuman incesantemente y beben alcohol, en todas sus presentaciones.

En escenas de un Madrid nocturno, callejas y pasadizos estrechos que apenas se reconocen, en torno a las plazas Mayor y de la Villa, tímidamente iluminadas por farolas; el juego de luces y sombras de la fotografía acentúa ese ambiente, donde los hombres deambulan sin rumbo fijo y las mujeres tienen un papel secundario, muchas veces en el ámbito de la prostitución femenina.

ooOoo